

## ACTAS DEL VII CONGRESO DE LA ASOCIACIÓN INTERNACIONAL DE HISPANISTAS (1980)

Publicadas bajo la dirección de Giuseppe BELLINI

### REVALUACIÓN DEL « MARTINFIERRISMO »

Ruidoso y sophomoric, el juego de las vanguardias en el Río de la Plata pareció concentrarse en torno del periódico Martín Fierro, y « martinfierrismo » acabó por ser el nombre del movimiento literario que se presumía tras de tanta algazara juvenil. Sus integrantes adoptaron algunas características externas de Da-da y con ellas, y no demasiado esfuerzo, sorprendieron a la arreglada y conservadora sociedad bonaerense, una « sociedad de apariencias » como no titubeó en llamarla Alfonso Reyes.<sup>1</sup> Los jóvenes literatos hicieron de la estridencia una máscara y con ella ocultaron su pensativo rostro: « la máscara que nos poníamos para publicar un número de Martín Fierro afirmando que un inodoro era una conquista estética más profunda y real que un cuadro de Rafael » reconoce uno de ellos. La misma con que entraban a la exposición del famoso Benito Quinquela Martín para colgar letreros que decían: « ¡cuidado con la pintura! »; con que enloquecían con polémicas burlonas a Marinetti o a Gómez de la Serna luego de haberlos traído ellos mismos a la ciudad; con que irrumpían en los locales de la revista Nosotros, representativa del establishment literario, « dando salvajes alaridos »<sup>2</sup>.

Todo ello según el mismo testimonio. También, podríamos añadir, aquella con que unos y otros montaron la farsa política conocida por polémica de Boedo y Florida, versión paródica de una polémica, « polémica burlona » que más tarde fue leída con demasiada seriedad por los historiadores de la literatura<sup>3</sup>. Como es bien sabido, un sistema de revistas juveniles tuvo como estrellas de primera magnitud a Martín Fierro y a la segunda Proa. El breve momento de éstas sucede a una más breve etapa ultraísta, con la que se inició el

---

1 Alfonso Reyes, *Diario 1911-1930* (Guanajuato, Universidad de Guanajuato, 1969), p. 214.

2 Alicia Reyes, *Genio y figura de Alfonso Reyes* (Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1976), p. 164.

3 Pedro Henríquez-Ureña, *Literary Currents in Hispante America* (Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1945), p. 193.

vanguardismo rioplatense; y el movimiento entra en crisis con las crisis que determinaron la desaparición de ambas publicaciones. Entre 1921 y 1923 aparecieron en Buenos Aires Prisma, con formato de afiche, y la primera Proa, que repetía el formato « tripartito » de Ultra. Guillermo de Torre, uno de los cuatro firmantes del manifiesto de la primera Proa, pretende en su Historia de 1965, que la Proa de Güiraldes y Martín Fierro fueron «complemento y sucesión de aquélla », y que la revista de Güiraldes « significa una segunda época más prolongada e influyente » de su predecesora<sup>4</sup>. Basta sin embargo comparar entre sí a las tres publicaciones para descubrir que son segmentos discontinuos de un mismo clima generacional. De Torre buscó redondear una imagen, apócrifa, de lo ocurrido durante el vanguardismo argentino, que le permitiese incluir a éste, sin inconvenientes, en el forzado molde de un absorbente ultraísmo que funcionara como sinónimo de todos los vanguardismos de Hispanoamérica. El capítulo en que incluye su afirmación lleva el expresivo título « Ultraísmo en América hispana », y de su lectura se desprende el intento de su autor de adjudicar para sí un puesto de precursor y líder que difícilmente le correspondía. Tal intento no es ajeno a la vocación que le llevó a componer sus famosas Literaturas de 1925. En flagrante contradicción, y en la misma página, Torre reconoce sin embargo que en la Proa de Güiraldes, y en Martín Fierro, desaparece « el primitivo espíritu ultraísta » transformado « en otro genéricamente modernizante, más general »; y que es entonces cuando grupo y revistas « alcanzan mayor expansión e influjo ». Gloria Videla, con la libertad del mero espectador, corrige a Torre, en su libro sobre el ultraísmo. Luego de recordar que Borges trajo el ultraísmo al Río de la Plata, en 1921, subraya el casi inmediato arrepentimiento de éste: el fundador del ultraísmo argentino, según Videla, en 1923 excluyó de su Fervor los intentos ultraístas, con excepción de « Campos atardecidos » y algún otro texto; para ella, Borges ya entonces estaba muy lejos del ultraísmo « aunque se proclama [se] ultraísta y utiliza [se] con frecuencia recursos del movimiento ».<sup>5</sup> La relectura de Fervor en su editio princeps no haría sino dar razón a la profesora argentina. Sin embargo, Merlin H. Forster en su notable estudio « Latin American Vanguardismo: Chronology and Terminology », de 1975, sugiere que el ultraísmo argentino continuó aproximadamente hasta 1927, año de la muerte de Güiraldes y de la desaparición de Martín Fierro, y llega a afirmar que ultraísmo, « a term restricted to currency in Spain and in Argentina [...] in its

4 Guillermo de Torre, Historia de las Literaturas de vanguardia (Madrid, Guadarrama, 1965), p. 583.

5 Gloria Videla, El Ultraísmo (2a ed., Madrid, Gredos, 1971), p. 149.

Argentine extensión has the additional interchangeable term of martinfierrismo »<sup>6</sup>. Aunque Forster en parte repite lo que consideramos un error de apreciación de César Fernández Moreno<sup>7</sup> su idea de intercambiabilidad plantea la necesidad de verificar diacrónicamente al vocablo « martinfierrismo ». Si tal intento de verificación se comienza por los historiadores de la Literatura hispanoamericana más próximos cronológicamente al movimiento, se observará en sus textos la ausencia de los vocablos martinfierrismo y martinfierrista. No los utiliza Enrique Anderson Imbert sino por irrisión, y una sola vez, entre comillas, al referirse a Adán Buenos-Ayres<sup>8</sup> Tampoco lo hace Arturo Torres-Río seco en su Gran literatura,<sup>9</sup> menos aún Pedro Henríquez Ureña en sus Literary Currents. El crítico dominicano se limita al vocablo innovators para aludir al grupo y anota simplemente que Martín Fierro « was the title of their organ in Buenos Aires »<sup>10</sup>. En cambio, el vocablo hizo fortuna en los trabajos de historiadores argentinos de la literatura local, como por ejemplo Juan Carlos Ghiano, el citado César Fernández Moreno, Adolfo Prieto, quien esto escribe, entre muchos otros.

Quizás se han servido de él por comodidad. Y también como resultado de las conmemoraciones y libros domésticos de que pasaremos a dar cuenta. Como es bien sabido, Oliverio Girondo redactó el manifiesto de Martín Fierro y estableció mediante él que el vanguardismo funcionaba en la ciudad como punto de reunión frente a una buena nueva, pues « Martín Fierro siente la necesidad imprescindible de definirse y de llamar a cuantos sean capaces de percibir que nos hallamos en presencia de una nueva sensibilidad y de una nueva comprensión ». Ese manifiesto dura en la memoria por cierto número de metáforas dirigidas contra el público en general, los profesores, los nacionalistas, los eruditos, y aun la propia juventud. Y dura sobre todo por aquella memorable línea inicial: « Frente a la impermeabilidad hipopotámica del honorable público [...] ». Pero, el programa que ese manifiesto contiene no va más allá de su juego de metáforas y de ofrecer a Martín Fierro como punto de reunión para los poseedores de esa « nueva sensibilidad » cuya idea ya había sido acuñada por Ortega y Gasset en sus conferencias bonaerenses de 1916.<sup>11</sup> También es sabido que las divergencias políticas entre los redactores de Martín Fierro respecto a la

6 Merlin H. Forster comp., Tradition and Renewal: Essays on Twentieth Century Latin American Literature and Culture (Urbana, University of Illinois Press, 1975), p. 32.

7 Forster, 29.

8 Enrique Anderson Imbert, Historia de la literatura hispanoamericana (5ª ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1966), t. II, p. 222.

9 Enrique Anderson Imbert, Historia de la literatura hispanoamericana (5ª ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1966), t. II, p. 222.

10 Arturo Torres-Río seco, La gran literatura iberoamericana (2ª ed., Buenos Aires, 1951).

11 Torre, 584.

candidatura de Hipólito Irigoyen para presidente de la Nación, y otras más íntimas, de necesidad estética, hicieron que el grupo se diluyese y que cada cual tomase su propio camino artístico, muchas veces en pos de una extremada ortodoxia formal, de un notable acatamiento de la tradición poética española. Así ocurrió con Bernárdez, con Molinari, y en grado menor con Borges.<sup>12</sup> Los que quedaron fieles al espíritu de Martín Fierro solieron acabar en la insignificancia poética de un Brandan Caraffa, o bebieron la implacable soledad de Gironde, cuya versión paródica da sustancia al relato « El último martinfierrista » de David Viñas.<sup>13</sup> La presencia en Buenos Aires del embajador Alfonso Reyes (1927-29) tuvo notables repercusiones literarias<sup>14</sup> y no fue la menor su capacidad catalizadora, que trajo al área y entre los jóvenes un visible cambio en su teoría y práctica estéticas, como quedó documentado por Borges,<sup>15</sup> y en las principales fundaciones bonaerenses de Reyes, la revista *Libra* y los «Cuadernos del Plata». Pero Reyes no percibió al vocablo martinfierrismo: su Diario privado sólo sabe de « varios chicos escritores argentinos, la muchachada como aquí dicen ».<sup>16</sup> Tampoco hallamos el vocablo en el Diario privado de Ricardo Güiraldes, menos en su correspondencia o en la de su mujer.<sup>17</sup>

Olvidados sus integrantes del espíritu que generara en su torno el movimiento vanguardista, éste cayó en relativo olvido durante esos fatídicos veintitantos años que suelen producir una especie de limbo después de cualquier deceso literario. Al cumplirse los veinticinco años de la fundación de Martín Fierro, en 1949, la Sociedad Argentina de escritores le dio homenaje. Gironde escribió para esa circunstancia una Memoria, en nombre de los que fueron directores del periódico; fiel a su pasado, repitió en ella los mismos ataques que se contenían en el manifiesto de 1924, pero su razonamiento demostraba haber adquirido mayor articulación y consistencia.<sup>18</sup> Con este homenaje se inició una serie de ellos, concurrentes en su mise en valeur de lo ocurrido durante los años veinte. En 1952, los veinticinco años de la muerte de Güiraldes, cuyos libros eran entonces

12 Henríquez-Ureña, 191

13 Viñas, *Las malas costumbres* (Buenos Aires, Jamcana, 1963), pp. 109-25.

1415. Paulette Patout, *Alfonso Reyes et la France* (París, Klincksieck, 1978), pp. 457-516; Alicia Reyes,

15 Emir Rodríguez Monegal, *Jorge Luis Borges: A Literary Biography* (New York, E. P. Dutton, 1978),

16 .Diario, 235.

17 Diario, en mi archivo. Cartas, en *Obras completas* (Buenos Aires, Emecé, 1962), pp. 739-99, y en el Fonds Larbaud de Vichy. Véanse mis: Güiraldes y Lar-baud: Una amistad creadora (Buenos Aires, Nova, 1970); «Las cartas de Adelina del Carril», en *Four Essays on Ricardo Güiraldes*, William W. Megenney comp. (Riverside, University of California, 1977), pp. 1-37; «Donde toda literatura está ausente: el Diario de Ricardo Güiraldes», comunicación al XIX Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana (Pittsburgh, 1979).

18 El periódico *Martín Fierro*: Memoria de sus antiguos directores (Buenos Aires, Colombo, 1949); véase mi «Güiraldes en el Ultraísmo», en *Estudios*, t. LXXXVI, n. 458 (Buenos Aires, 1953), pp. 330-35.

inaccesibles con excepción de su obra mayor, trajeron reediciones, estudios, exposiciones y otros homenajes que comenzaron a poner luz sobre sus hechos, y sobre el total de su obra.<sup>19</sup>

Algo similar ocurrió con Macedonio Fernández.<sup>20</sup><sup>21</sup> En 1954, una revista de estudiantes publicaba un extenso aunque no muy valioso artículo de Evar Méndez, sobre « La generación del periódico Martín Fierro »<sup>21</sup> Todo ello trajo calor a un tema que hasta entonces casi no se podía explorar sino en la conversación de los protagonistas, ya que eran secretos e inhallables las revistas y los libros que el vanguardismo había producido. En la década del sesenta una serie de monografías publicadas por el Gobierno argentino exploraron temas y figuras del pasado literario y artístico nacionales que hasta el momento carecían de libro en que se los estudiase. Dos conspicuos vanguardistas, Eduardo González Lanuza y Cayetano Córdova Iturburu, publicaron en dicha serie sendos volúmenes que acuñaron el concepto de martinfierrismo en un contexto de seriedad historiográfica. González Lanuza califica de « prehistoria » del martinfierrismo la etapa ultraísta vivida en Buenos Aires por algunos de sus miembros; y ve a la mayoría de los colaboradores de Martín Fierro carentes « de una determinada voluntad en su quehacer literario », sólo preocupados por la creación de una nueva sensibilidad ». Reconoce que los componentes del disgregado grupo ultraísta eran los únicos que llegaron al periódico « creyendo que saben lo que se proponen », y concluye diciendo que « en la práctica la publicación se mantuvo abierta a todos » pero dentro de un definido vanguardismo.<sup>22</sup><sup>23</sup> Según Córdova Iturburu fue « de renovación artística, de indagación, de búsqueda » el espíritu de Martín Fierro, y sus escritores intuían « sin mucha precisión la necesidad de un cambio » entusiasmados por la idea de una publicación sin inhibiciones, decidida a « alzar el palo de la crítica »; reconoce además que la revista « no fue todo el movimiento » sino « su nervio », su « centro dinámico », y recuerda a otros órganos generacionales, entre ellos la segunda Proa a la que llama « revista fraternal de Martín Fierro »<sup>23</sup>. Finalmente y en un volumen de la misma serie dedicado a Macedonio Fernández, plantea Borges una valiosa discrepancia: advierte que aquél y Güiraldes permitieron la vinculación de sus nombres « a la generación

---

19 El periódico Martín Fierro: Memoria de sus antiguos directores (Buenos Aires, Colombo, 1949); véase mi «Güiraldes en el Ultraísmo», en Estudios, t. LXXXVI, n. 458 (Buenos Aires, 1953), pp. 330-35.

20 Las reediciones, a cargo de Losada, Emecé y Kraft; véanse: Obras completas, pp. 831-35, y 861-62 sobre bibliografías. También: Buenos Aires literaria, t. I, n. 2 (noviembre de 1952); Amigos del Libro, Catalogo de la Exposición Ricardo Güiraldes 1886-1927 (Buenos Aires, Salón Kraft, octubre de 1952).

21 Buenos Aires literaria, t. I, n. 9 (junio de 1953).

22 En Contrapunto, t. I, n. 5 (agosto de 1954)

23 Los martinfiemstas (Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1961), pp. 23-27.

llamada de Martín Fierro, que [...] propuso versiones tardías y caseras del futurismo y del cubismo », pero que « fuera del trato personal, la inclusión de Macedonio en este grupo es aún más injustificada que la de Güiraldes »<sup>24</sup>. Quizás, a un Borges en la plenitud de su carrera literaria le molestase que Macedonio o Ricardo, cualquiera de ambos, fuese considerado el gurú, el duca, signare e maestro de sus años de Luna de enfrente. Pero lo que importa de su testimonio, se refiere al reconocimiento de la autonomía con que Güiraldes, y quizás su Proa, de la que Borges fue codirector, operaron en el mecanismo vanguardista. No le falta a Borges razón y verdad en lo que dice. Una carta a Valéry Larbaud del 5 de julio de 1924 documenta que hasta esa fecha, de los vanguardistas Güiraldes sólo trataba a Girondo y a Méndez, y ello en un plano exclusivamente personal.<sup>25</sup> Otra carta a Larbaud, de setiembre, declara que Güiraldes había ya desarrollado un sentido misional frente a los nuevos, que no excluía una natural condescendencia; allí dice: « para mí lo esencial es sacar a la vida los talentos jóvenes [...] me propongo ante todo estimular un parto ». Si revisamos su Diario inédito, veremos que recién el 7 de agosto de 1924, seis meses después de la aparición de Martín Fierro, Güiraldes anuncia por primera vez haber tomado contacto personal con el grupo: «En los últimos días [he] conocido a muchos muchachos de los jóvenes, entre los que hay verdaderos talentos de poeta. Hemos fundado una revista: Proa»<sup>26</sup>, son sus palabras. El Diario de Güiraldes es documento terminante de la responsabilidad conductora que él y su mujer, Adelina del Carril, asumieron en la nueva Proa. Las cartas de Adelina a Larbaud muestran el costado anecdótico de esa responsabilidad: los jóvenes « lo proclaman su jefe, [su] precursor [...] no lo dejan ni respirar [...] la casa invadida todo el día y no lo dejan trabajar »; invadida, dirá más tarde, por un « congreso proático perenne ».M Ricardo tenía definido propósito, aspiraba a que su revista fuese un « foco central de juventud en lengua española », « la expresión selecta de la juventud hispana ».x Proa surgió distinta de Martín Fierro, con un aire de seriedad que su mentor aprendió en la lectura de la NRF, de Commerce y he Navire ¿'Argenté Así lo reconoció Larbaud al trazar un programa ideal para Proa en su primera « Lettre a deux amis».<sup>27</sup> La recepción internacional de que gozó la revista, el aplauso y cooperación de Larbaud, Supervielle, Gómez de la Serna, Fargue, Cassou y Adrienne Monnier, entre otros,

24 La revolución marímfierrista (Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1962), pp. 9-10 y 28-29. Las revistas que cita son: Prisma, las dos Proa, Inicial, Valoraciones, Sagitario, Noticias literarias, Revista de América.

25 . Jorge Luis Borges, Macedonio Fernández (Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1961), p. 21

26 Fonds Larbaud, G. 622.

27 Fonds Larbaud, G. 632.

indica su participación, su afinidad con un pensamiento crítico, la llamada « critique créatrice » que iba más allá de la cuestión vanguardista y afectó de manera durable los procederes intelectuales de las personas mencionadas, miembros a su vez de un grupo más amplio. Si se confrontan los textos críticos de Proa con los de la NRF, Commerce o Le Navire, tal participación y afinidad se vuelve patente, e irrecusable una intensa comunidad de principios. Frente a la falta de programa con que funcionó Martín Fierro, a esa carencia de « una determinada voluntad » (Girondo), a esa imprecisión de objetivos (C. Iturburu), Proa estructura una definida conciencia crítica en una minoría que, sin desconectarse de aquél, tuvo a Proa como capilla, a la que Martín Fierro servía de cúpula o «centro dinámico» (C. Iturburu). La frase de Léger « Je parle dans Vestime » les sirvió «como elemento de juicio y de entusiasmo y como una posible norma ». La actitud de sus ensayos, comenzando por los del propio Güiraldes, se hacían dans Vestime, como venía ocurriendo con los de aquellas revistas francesas, y dentro de ese espíritu iniciado por la NRF en 1909<sup>28</sup>. La « critique créatrice » tal como era practicada por la NRF y sus revistas satélites, entre ellas Proa, exigía un acercamiento intuitivo a la obra, cierta distinción y artístico refinamiento en el crítico, una literaria cualidad expresiva<sup>29</sup>. Respuesta a la crítica representada por Lanson o Mornet, era la reacción de los artistas franceses contra la crítica universitaria. Fue para los de Proa, su reacción contra el establishment, así como su rasgo individualizador frente a la anomia del vanguardismo local. Véase pues a éste dividido en dos etapas, y a la segunda de ellas como una célula cuyo protoplasma fue el llamado martinfierrismo, reservada a Proa la función nuclear. ALBERTO BLASI City University, New York

---

28 Mi archivo.

29 Véase mi art. «Las cartas de Adelina del Carril» ya cit., p. 10 y 25; Fonds, 644 y 653.